

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

HEINZ SCHULTE HERBRÜGGEN: EL LENGUAJE Y LA VISION DEL MUNDO. Santiago de Chile. Ediciones de la Universidad de Chile, 1963, 170 pp.

El valor inicial de este libro reside en la sencillez de sus planteamientos básicos, la claridad de la frase —aliviada de terminología— y lo sosegado del ritmo expositivo. Se parte de la distinción entre el animal, adaptado a su medio, privado de toda evolución posterior, y el hombre, ser de escasos, débiles instintos pero plástico, apto para la evolución racional. Este punto de arranque, al que pueden asentir el biólogo, el filósofo, el psicólogo, el lingüista —e incluso el lector de cultura general, no especializado— permite al profesor Schulte, del modo más fácil, un primer despliegue de la realidad lenguaje. Los diez primeros capítulos cumplen, pues, una función introductora para el profano; a la vez que resumen ejemplarmente la situación actual de la lingüística para los iniciados en tal disciplina.

Ese hombre de instintos atrofiados —nos dice— evolucionó apoyándose en los otros hombres, tuvo un “comportamiento comunicativo”. Primero, manifestó hacia fuera, por el gesto, lo que ocurre en su interior, lo que intenta o desea. La situación en que se producía el gesto ayudaba a determinar su significado. Al gesto, acompañaban movimientos de la lengua y la mandíbula, en cierto modo reflejos, que producían un complejo de sonidos. Pero la constante vinculación de sonidos y gesto ante determinado objeto o acción estableció una asociación fija. Y “cuando alguien advirtió” que los sonidos funcionaban a oscuras, sin el gesto, como también en ausencia del objeto, nació la palabra, el símbolo. Así, nos dice el profesor Schulte, el lenguaje evolucionó “a partir de una base preintelectual, la actividad del sistema nervioso sensoriomotor, alrededor del acto del hombre de dirigirse intencionalmente a objetos”. Esta capacidad humana para formar y comprender símbolos permite trascen-

der lo meramente vital y construir el mundo de la cultura, el mundo de los valores.

De la mímica, en que todo el cuerpo humano sirve de herramienta simbolizadora, el lenguaje abstrae el sonido, con una etapa intermedia e incompleta de ademanes, es decir, de mímica concentrada en la cara y las manos, aquello que no tapa el vestido. Mas siempre quedan vestigios en el lenguaje de su raíz natural, por ejemplo: la onomatopeya. No podría explicarse ésta, según Schulte, sino por esa reacción humana originaria.

Ahora bien: el niño no crea lenguaje, aprende su lengua materna, algo ya hecho, heredado. De ahí consecuencias inevitables para la manera de comprender el mundo de ese niño. La lengua de su comunidad le da aquella visión del mundo que es resultado de su experiencia histórica. "La concepción del mundo de una comunidad concuerda, por consiguiente, con la suma de los contenidos lingüísticos abarcados por la lengua materna". De ahí que puedan y deban compararse unas lenguas con otras para ir notando qué segmentos de la realidad ha conseguido verbalizar cada una.

Abundante ejemplificación de lingüística comparada viene tras la clara enunciación de la tesis. El profesor Schulte recopila cotejos que son ilustres en la historia de la lingüística; de Kainz, Meillet, Amado Alonso, Kluge, Gleason, etc. Pero hace nuevas aportaciones y paralelos, destacando por su abundancia y oportunidad los del idioma ruso con nuestras lenguas occidentales. Se apoya sagazmente para ello en Tschernych, Katznelson, Tauscher, Bielfeld, etc., y en su conocimiento personal del ruso. De tal manera, su panorama resulta muy completo y equilibrado, superior al de estudios anteriores que ignoraban las lenguas eslavas o se acogían al letón, más que para ver la fisonomía verbal de cierto pueblo, con propósito etimológico, buscando en formas letonas arcaizantes el eslabón entre unas lenguas arias y otras.

Respecto al caudal léxico, se hace evidente que la comunidad capta de la riqueza real aquello que afecta a su actividad productora. El gaucho argentino ha acuñado doscientos vocablos para el distinto pelaje de su ganado. En cambio, la vegetación, que a él como ganadero apenas interesa, la reduce a *pasto* (que alimenta), *paja* (que sirve de lecho), *cardo* (plantas que contienen madera) y *yuyo* (todas las demás). En cuanto a la amplitud significativa de las palabras, tan cambiante y que hace tan difícil traducir de unas lenguas a otras, nos recuerda que el ruso nombra la extremidad humana entera; así, *nogá*, abarca pierna y pie, y *ruká*, el brazo y la mano. Si en ruso queremos decir *mano*, con exclusión del brazo, habremos de recurrir a una metáfora, como *kirst'*

ruki, literalmente "la brocha del brazo". Por otra parte, ciertas funciones vitales son nombradas siempre con el mismo verbo en español, mientras exigen verbos distintos en alemán, lengua más jerarquizada. Los hispanos hablantes decimos *morir*, tanto del hombre como del animal y hasta la planta, pero en alemán: *sterben*, para el morir del hombre, *verenden*, para el del animal; *eingehen*, si hay referencia a la planta. Y aquí no se trata de utilidad, como en el caso del gaucho, sino de "reacciones emotivas distintas", de estas comunidades. Por lo mismo, semejante distinción fructificará en orientaciones diversas de la literatura y el arte.

Al nombrar ideas abstractas entran en juego vibraciones asociativas y etimológicas, difícilmente captables para un miembro de otra comunidad lingüística. En alemán, *Friede*, paz, está ligada a *Freude*, alegría, *Freund*, amigo, *Befriedigung*, contento. En cambio, la latina *pax* señala hacia un convenio entre los beligerantes, hacia *pactus*, con sabor más frío y político. Verdad, en ruso, es *pravda*, ligada a justicia, tanto como en alemán *Wahrheit* es una verdad emocionalmente relacionada con fidelidad. En cambio, *aletheia*, verdad en griego, significa lo que no está escondido sino a la vista. "La verdad de los griegos tiene carácter racional".

Con este mismo criterio, se nos van analizando las diferencias de unas lenguas con otras en cuanto a distinción de colores, estructura social y grados de parentesco, ser y devenir, aspecto y tiempo, número y cantidad, género gramatical. Todos estos campos de la lingüística comparada han venido siendo objeto de tenaces estudios, desde distintos ángulos: el etimológico, el de nivel cultural de las comunidades, el de magia y creencias, etc. La revisión de Schulte es sobria, pero eficiente; selecciona a la vez que aclara el problema básico, en tanto que lenguas africanas, el esquimal, el chino y muchísimas más son traídas a su turno para confrontarlas con las arias occidentales, clásicas y modernas. En singular alarde con tanta riqueza, un solo y breve capítulo, dedicado al latín, permite al profesor Schulte demostrar que la etimología y evolución de unas cuantas palabras clave nos introducen en el modo existencial de una comunidad. *Laetus*, exuberante, hablando de la cosecha de los campos —o gordo, a propósito de un animal— deviene alegre, referido al hombre. *Felix*, campiña feraz, pasa luego a estado de alegría en el ser humano. De *lira*, surco, *delirare*, salirse de lo normal. De *baculum*, palo de apoyo, *imbecillus*, necio, el que hace cosas sin fundamento. De *princeps*, o sea, *qui primus capit*, quien coge primero del botín y por tanto la mejor parte, la acepción posterior de *princeps* como el más ilustre. También de que

el romano labrase desnudo y sin zapatos, *nec-otus*, vendrá el que *otium*, estar vestido y con zapatos, pase a significar hallarse desocupado del trabajo y pudiendo dedicarse a lo que gusta, en definitiva, al estudio y los trabajos literarios.

Este capítulo dedicado a la evolución del latín, con primoroso, sabe a poco, como material que ilustre lo evolutivo, sobre todo en parangón con el amplio despliegue del otro panorama lingüístico: el comparativo. Por lo demás nos sirve —dado que la evolución del latín ha sido estudiada una y otra vez— para hacer notorio al lector hasta qué punto pone al día el profesor Schulte un material vasto, susceptible de diversas orientaciones. Entre los latinistas españoles, don Julio Cejador observó los cambios semánticos latinos cual un proceso de espiritualización. De *materia*, madera, y *materiarus*, carpintero, pasado el tiempo y tras la recepción de la filosofía griega, vendrá *materia* a significar cualquier cosa tangible, real, y por último, esta espiritualización habrá de generar en nuestras lenguas modernas dos palabras, *materia*, erudita, abstracta, y *madera*, patrimonial, concreta. Ahora bien, si cotejamos lo dicho por Cejador, muy cierto, con lo observado por Schulte, percibimos que éste ha anotado algo más decisivo que la espiritualización del objeto: la transferencia de cierta significación, desde ser cualidad de una cosa a constituir valoración de dicha cosa por parte del hombre; de otro modo, el paso del ser al valor.

Con el primer escalón del lenguaje —la palabra— al escalón decisivo —la frase— el profesor Schulte gana en altura, inicia un asedio más apretado a su problema. En verdad, está consciente de que hay mucho de pedagógico, de utilidad inmediata en abordar el lenguaje por la palabra, puesto que el signo lingüístico verdadero, el que posee sentido, es la oración. Que haya oraciones al parecer incompletas, donde el contorno o lo consabido hace de sujeto, no obsta. En verdad, la proto-oración, la "frase de una palabra" que hallamos en los niños y subsiste en el lenguaje adulto, confirma la verdad esencial de que el lenguaje se constituye al nivel de la frase.

La posición del profesor Schulte revela ahora, con toda nitidez, su estirpe. Viene del concepto de "energía", tal y como fuera genialmente planteado por von Humboldt. Por eso, empieza haciéndonos recordar que sujeto y predicado no provienen de un acto mental del mismo nivel. Sujetizar es sencillo respecto a predicar, "actividad más energética", que resuelve la expectación creada con la simple mención del sujeto. Además, sujeto y predicado hay que entenderlos gramaticalmente, cual formas, pero ante todo como entonación y referidos al contexto, en suma, energéticamente. Si uno afirma: *Pedro está enfermo*, otro objeta: *Pedro está*

de viaje, pero después, otro interlocutor añade: *Juan está de viaje*, observamos —dice Schulte— que en los dos primeros casos, Pedro funciona cual sujeto psicológico y es a la vez sujeto gramatical; en cambio, la frase sobre Juan, aunque gramaticalmente parece del mismo tipo, la entendemos de otro modo: *El que está de viaje es Juan*, luego Juan ha pasado a funcionar cual predicación. Y a no dudar, la entonamos de modo distinto.

Interesante es el estudio sobre las clases de palabras, vistas ahora como protooración o como parte de una oración. En las lenguas primitivas, han debido predominar las señales de acción para hacer frente al peligro: imperativos, interjecciones, siempre un predicado psicológico "que enunciaba algo respecto a una situación dada", extralingüística. En cambio, una lengua actual, en el seno de una comunidad madura, ofrece al niño que la aprende, ante todo, sustantivos, nombres de cosas. Es que el aprendizaje del niño no reproduce el aprendizaje de la especie. El sustantivo es la primera clase de palabras para el niño: 1º por el método de los adultos para enseñarle a hablar, mostrándole objetos; 2º porque la riqueza formal del verbo en lenguas de flexión retrasa su aprendizaje; 3º porque algunos de nuestros idiomas transfieren la predicación al sustantivo, que acompaña a un verbo muy abstracto (formas cual las construidas con el verbo ser, el verbo ir, etc.). De todos modos, la segunda clase de palabras, siguen siendo los verbos.

Y la tercera, los adjetivos, con lo que entramos a "una actividad mental superior al mero nombrar el ser". Pues en el adjetivo "se expresa la postura que toma subjetivamente el hablante respecto al ser o acontecer". Etimológicamente, los adjetivos arios primitivos han sido sustantivos concretos o participios, es decir, han aparecido en la oración bipolar de sujeto y predicado como concreciones energéticas predicativas. No se deben a una diferencia básica aprehendida en la realidad "sino a una trasposición de sustantivos o formas verbales a la función atributiva o aposicional". Entonces, la palabra recibe una mayor extensión significativa que la que tiene el sustantivo o el verbo. *Bermejo*, como color, es aplicable a más objetos que el nombre *vermiculus*, gusanillo.

Tras los adjetivos, examina Schulte los pronombres. Sólo en las notas de final del texto, pero no en el texto mismo despliega nuestro profesor la enorme problemática de estas voces pronominales, que de otro lado, más elementalmente, son promostrativas. Con todo, dice lo bastante para orientar, sin perder de vista su tesis principal, energética. Imagina en el hombre primitivo dos clases de gesticulación dinámica: "una de carácter imitativo, simbolizador, y otra de carácter indicativo, orientador". Como si dijéramos, protopredicado y protosujeto, aunque ése es el pro-

blema, la coincidencia o no, y hasta dónde, de indicar e imitar con sujeto y predicado. Con todo, esta situación primaria, imaginable, no coincide con el lenguaje actual ni siquiera con los gestos del sordomudo—educado en una comunidad evolucionada por los adultos—. Esto alivia de hecho, para nosotros, el enigma originario del demostrativo y de todos los pronombres. Pero ciertamente en el lenguaje como herramienta para un conocimiento racional del mundo. (El conocimiento intuitivo, mediante la poesía, lo deja discretamente de lado el prof. Schulte).

Tras los pronombres, los artículos, los adverbios. En seguida, los tipos de oraciones. Una rica variedad de cuestiones van siendo abordadas, que a más de servir para penetrar en la mentalidad del ruso, del chino, del esquimal, van remachando las posturas de Humboldt y las conclusiones que de ellas va a obtener Schulte: "La lengua entera está colocada entre el hombre y la naturaleza". Salir de este círculo es solamente posible en la medida en que entre en la órbita de otra lengua. El lenguaje, como "energeia" o fuerza formadora, no puede agotarse, pues consta "además de los elementos ya formados, de métodos para continuar el trabajo del espíritu".

Alcanzado este nivel, las peculiaridades de lenguas distintas a las nuestras ceden en interés al análisis de la oración griega y de las partes de la oración en dicho idioma. Dada la proximidad del griego a nuestras lenguas modernas latinas y germánicas; teniendo en cuenta, además, la continuidad cultural de Grecia a nuestros días, el hecho de que la filosofía griega —y la occidental, su continuadora— sólo podrán hacer explícito aquel saber que está ya, como energía, en la lengua propia, resulta algo dramático. Pero es un hecho, anota el profesor Schulte, que "basada sobre la polaridad de sujeto-predicado, surge la confrontación de materia y forma". Y remacha: "Aristóteles sentó en sus diez categorías los puntos de vista desde los cuales puede procederse a determinar los fenómenos de la realidad". Pero hay una relación notoria entre las categorías aristotélicas y las clases de palabras o partes de la oración en el idioma griego. Aristóteles no descubre, pues, sino lo que ya estaba como posibilidad en la energética de su lengua. Respecto a las predicaciones que pueden hacerse, parte de la estructura bipolar de la oración. En seguida, su primera categoría, la sustancia, señala al sustantivo, cual objeto absoluto inferido como sustrato de toda apariencia concreta. Las segunda y tercera categorías tienen por objeto determinar la naturaleza propia del ente, remitiendo la de cantidad a su sustrato y la de calidad a su forma. "Numeral y adjetivo son las clases de palabras que las expresan". La cuarta categoría, de relación, sin el carácter preciso ni la

autonomía significativa de las anteriores, acaso se apoyó en la peculiaridad del adjetivo para expresar grados de participación. Las dos siguientes, de lugar y tiempo, son la trascendencia lógica de los adverbios de lugar y tiempo, el caso locativo y la conjugación (aspecto y tiempo) del idioma griego. Las cuatro categorías restantes parecen haber sido inferidas: de la voz activa del verbo, la acción; de la voz pasiva, la pasión; del verbo intransitivo, la situación; y del participio, la posesión.

También en esta parte, que corona su obra, el profesor Schulte se apoya en la mejor bibliografía: Trendelenburg, Stohr, Bröker, etc. Mas el tino con que la dosifica, la claridad expositiva, el sentido último, en congruencia con el desarrollo entero del libro, le pertenecen a él y son, a no dudar, lo más valioso.

Que un profesor alemán residente pocos años entre nosotros emplee un español no ya claro y correcto sino persuasivo y por su misma sobriedad, elegante, también es algo que debe ser dicho. La sencillez de frase; el vocabulario cuidado, pero evitando la exhibición pedante de tecnicismos; la transcripción a nuestro alfabeto de voces griegas o rusas o árabes, todo esto que hace tan simpático al autor, es en definitiva calidad humana, modestia en su valor ejemplar. No hará que le lean menos los especialistas e iniciados, pero, además, permitirá que lo entiendan desde la primera página los estudiantes y tantas personas cultas, pero no dedicadas a la lingüística que dan hoy el debido lugar a los problemas del idioma.

ELEAZAR HUERTA V.

OSCAR BERMÚDEZ MIRAL: HISTORIA DEL SALITRE. DESDE SUS ORIGENES HASTA LA GUERRA DEL PACIFICO. Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile. Comisión Central de Publicaciones, 1963, 456 pp. + xvi láminas y mapas.

Aunque desperdigada en los diversos fondos bibliográficos del país, existe una larga nómina de estudios sobre aspectos parciales relativos a la historia de las actividades salitreras y a las múltiples alternativas de su desarrollo, vinculadas a los intereses políticos de varios países, desde el momento en que esa industria adquiere importancia económica de alto rango. Pero no se había emprendido la faena considerable de reunir aquel ingente material en una unidad de interpretación orgánica, como lo ha iniciado Oscar Bermúdez Miral, en su *Historia del salitre*, acuciosa labor en la que venía trabajando desde 1956. Decimos que el esfuerzo está iniciado, porque el libro que reseñamos abarca hasta 1879